

## Quo vadis, Turquía?

Carlos LARRINAGA  
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Ésta es la pregunta que deben estar habiéndose hecho numerosas cancillerías de todo el mundo respecto de qué va a hacer Turquía en la gran coalición antiyihadista auspiciada por Barack Obama. El anuncio de su participación en la misma durante la cumbre de la OTAN de primeros de septiembre auspiciaba buenos augurios. Aunque ensombrecidos por su ausencia oficial en la reunión de Yeda del pasado 11 de ese mismo mes. Desde luego, la presencia de Ankara en la mayor empresa orquestada internacionalmente contra el terrorismo del Estado Islámico parece clave por varios motivos. Primero, por ser un agente fundamental en la geopolítica de todo el Próximo Oriente. Por su tamaño, su economía, su influencia cultural, su poderío militar y por su carácter de puente entre Europa y Asia, Turquía se presenta como un actor imprescindible en la resolución de los numerosos conflictos que tiene ahora planteada la región. Segundo, por ser miembro de la OTAN, por lo que su actuación militar estaría más que justificada al amparo de una acción dirigida por esta organización. Tercero, por motivos religiosos, ya que su población es mayoritariamente suní, siendo el terrorismo yihadista partícipe de esta rama del Islam. Un rechazo nítido de los métodos empleados por el EI serviría de aviso a navegantes. En consecuencia, no sorprende que sean muchas las potencias implicadas en la coalición, empezando por EEUU, que deseen una implicación más activa de Turquía en esta lucha.

¿Por qué, entonces, el gobierno turco se muestra remiso a un compromiso más explícito contra el terror? En un primer momento se esgrimió que el EI tenía secuestradas a 49 personas procedentes del consulado de ese país en Mosul desde que comenzaron los ataques en suelo iraquí. Pero liberados los rehenes, esta excusa parece venirse abajo. De suerte que cabe pensar que un primer problema reside en los bombardeos de la coalición en Siria, al entender Turquía que esto podría beneficiar a Bashar al-Asad. No debemos olvidar que desde que estallara el conflicto en ese país árabe, Erdogan se ha mostrado partidario de acabar con el presidente sirio a toda costa, apoyando a las milicias rebeldes. El hecho de que los campamentos turcos alberguen a cerca de un millón y medio de refugiados sirios da buena cuenta de la postura de Ankara en esa crisis. Crisis que se ha acentuado últimamente por la llegada a su suelo de unos 160.000 refugiados kurdos de Siria, lo que está provocando no pocos conflictos. Hay que recordar que la Turquía republicana actual aún no ha solucionado el problema kurdo, a pesar de las negociaciones en marcha. De hecho, al ejecutivo turco le preocupa que jóvenes kurdos de su país pasen la frontera para unirse a las milicias kurdas que combaten al EI en Siria, las llamadas Unidades de Protección Popular. Así como que militantes del PKK lleven meses enfrentándose a los yihadistas en el norte de Irak. No creo que Ankara vea con buenos ojos cómo se ha ido armando a los peshmergas kurdos de Irak en su guerra contra el EI. ¿No podría ser que esas armas terminaran volviéndose contra la integridad territorial de Turquía ante la reclamación de un Kurdistán independiente y unificado?

Pero además de todo esto, hay ciertos intereses económicos un tanto sórdidos que afectan a Turquía. Me estoy refiriendo al petróleo que el autodenominado Califato Islámico explota en los territorios de Siria e Irak que controla. Todos los días numerosos camiones cruzan unas fronteras cada vez más porosas con ese oro negro extraído en esos dominios con destino a la frontera turca, comercializándose no sólo en el mercado local, sino también en el europeo. Por supuesto, a precios mucho más baratos que los

convencionales, lo cual está haciendo bajar el precio del barril Brent, según la industria petrolera. Con unas ventas calculadas entre los 30.000 y 70.000 barriles diarios (Bahrein produce unos 50.000) antes de los bombardeos de algunas de sus instalaciones, no cabe duda de que ésta, junto a otras, es una fuente notable de financiación del Califato, pero del que también se benefician consumidores e intermediarios. Al punto que es posible pensar en un nuevo negocio en el que ambas partes salen ganando. A día de hoy, pues, el contrabando de crudo a través de Turquía es una realidad ineludible. De ahí que la pregunta sea: ¿hasta qué punto las autoridades turcas dejan hacer? Su frontera con Siria e Irak es muy grande y las rutas del contrabando conocidas.

No obstante, ¿hasta cuándo podrá Turquía mantener esta situación un tanto ambivalente? No creo que demasiado, ya que sus intereses internacionales son cada vez más ambiciosos. Ya no se trata de ser sólo la eterna candidata a entrar en la Unión Europea, sino que últimamente aspira también a uno de los puestos no permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, en liza con España y Nueva Zelanda. Además, la reunión mantenida en Nueva York el pasado 21 de septiembre entre los ministros de Exteriores de Arabia e Irán puede restarle protagonismo en la zona, lo cual, a mi entender, no sería bueno. El moderantismo que tradicionalmente ha caracterizado a los gobernantes turcos choca de plano con el teocratismo tanto de Riad como de Teherán. El hecho de que ambos países se hayan puesto de acuerdo en combatir al EI da buena idea de la gravedad de la situación. Más aún si consideramos que llevan disputándose durante décadas la hegemonía en la región desde el enfrentamiento entre el sunismo y el chiísmo. De ahí que si Turquía no quiere perder comba y desea seguir manteniendo su posición de protagonista privilegiado en Oriente Próximo, tendrá que clarificar pronto su papel y su predisposición a participar en la coalición antiyahadista. Al fin y al cabo, es lo que se espera de un socio de la OTAN. ¿Acaso no podría ir en esta dirección la idea de Erdogan de un posible ataque terrestre contra el EI?

28 de septiembre de 2014

Publicado en *El Diario Vasco*, 6 de octubre de 2014, p. 20